

Mirando
al futuro



JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ IGLESIAS
Periodista

De Esparta a Bagdad

Si hay una frase con la que no estoy de acuerdo es con ésa que dice que *“cualquier tiempo pasado fue mejor”*. Con todas las excepciones que se quiera, ahora se vive mejor que hace diez, cincuenta o cien años, no hablo ya de la Edad Media o de la Prehistoria. Muchísima más gente tiene una existencia menos penosa que antaño. La historia ha servido para evolucionar. Lentamente, dando dos pasos adelante y uno atrás, pero nos ha traído hasta aquí, donde, por ejemplo, cientos de millones de seres humanos viven en democracia; las clases medias llevan decenas de años aumentando imparablemente; el número de países con un futuro económico prometedor aumenta; los derechos humanos, a trancas y barrancas, avanzan; y los sátrapas disfrutan de menos impunidad y son más vulnerables que antes. No hablo de la perfección, ni de que se hayan acabado las guerras, la explotación humana, el hambre o la injusticia. Simplemente digo que, en términos generales, hemos avanzado y eso es constatable si miramos atrás.

Incluso la discapacidad ha mejorado en derechos, reconocimiento y calidad de vida. Eso sí, vamos más

“Para las personas con discapacidad ningún tiempo pasado fue mejor”

despacio que el resto de la humanidad y siempre hemos sido especialmente vulnerables, sobre todo en situaciones de riesgo generalizadas.

Y eso lo demuestra el hecho de que la historia esté llena de despropósitos hacia las personas con discapacidad: desde Esparta, donde una rígida organización militar permitía que los niños que presentaban defectos físicos que les impidiera servir como soldados fueran arrojados a una caverna del monte Taigeto. En Atenas también se practicó el infanticidio. Los romanos hicieron lo propio tirando desde la roca Tarpeya a los niños que nacían con algún defecto. En la India, en China, en Persia y Mesopotamia, en la América precolombina o en las tribus esquimales se repetía la historia. En la Edad Media se consideraba a las personas con discapacidad producto del pecado, se les demonizaba y se les enviaba a la hoguera, con la Inquisición de fondo. En los siglos siguientes se les encerraba en asilos u hospicios, se les practicaba la eutanasia, se les esterilizaba o se les vendía para pedir limosna. Hitler experimentó salvajemente con ellos y posteriormente los gaseó de forma masiva. Y hemos llegado a nuestros días donde en las guerras tribales de África se impide que las vacunas lleguen a los niños provocando que rebroten enfermedades como la poliomielitis, o se utiliza como bombas humanas a personas con discapacidad intelectual, como en Bagdad, detonando un mal nacido el explosivo a distancia.

Definitivamente, cualquier tiempo pasado no fue mejor, pero en el caso de la discapacidad, su vulnerabilidad le hace retroceder brutalmente en cualquier momento en que el ser humano pierde la razón. ■